





VERNE HARRIS

Menos quejarse y más producir: crítica de las formulaciones positivistas en los archivos de Sudáfrica

Introducción

La lucha contra el apartheid y la construcción de la democracia han supuesto, y continúan haciéndolo, cambios fundamentales en la esfera social de la memoria. Y, progresivamente, los múltiples depósitos y la dinámica de la memoria de Sudáfrica se están reestructurando por la revolución tecnológica, el compromiso internacional y la exposición a las condiciones de la posmodernidad¹. Este es el terreno cambiante en el que los archivos –como disciplina, profesión, depósito de la memoria y servicio público– se encuentran a sí mismos. Los años 90 han conocido la suplantación de un discurso archivístico estéril y pasado de moda por la llamada a la transformación de este alegato – uno que esté imbuido por la presunción de que los archivos requieren una reinención para una Sudáfrica democrática². Este discurso conecta con la nueva y dinámica sociedad del país y refuerza los esfuerzos que tratan de transformar el sistema archivístico de Sudáfrica³. No obstante, como comentaré en este artículo, de la misma forma que los modelos del apartheid se están mostrando extremadamente resistentes en la sociedad, en los archivos muchas de nuestras principales ideas se resisten a las nuevas

Verne Harris

Director del Proyecto Centro de la Memoria de la Fundación Nelson Mandela

verne@nelsonmandela.org

Traducción de Luis Ángel Fradejas Salazar

Versión original: "Claiming Less, Delivering More: A Critique of Positivist Formulations on Archives In South Africa", *Archivaria*, 44 (Fall 1997), pp. 132-141. Traducido y publicado con la autorización del autor y de The Association of Canadian Archivists (www.archivists.ca).

Debo señalar mi deuda y agradecimiento a Terry Cook (Archivos Nacionales de Canadá) y a Tim Nuttal (Universidad de Natal) por comentar el primer borrador de este artículo. Por supuesto, soy el único responsable del texto final. El 24 de septiembre de 1997 lo presenté como ponencia en el seminario *The Role Records Play in Revealing the Past*, organizado por el Alan Paton Center y la Asociación Sudafricana de Archiveros en Pietermaritzburg.

realidades, como la consideración de una re-formación (más que una transformación). Estas ideas, o formulaciones, siguen incrustadas en el paradigma de lo que yo describiría como pre-posmodernismo o, más exactamente, como positivismo. Ellas continúan determinando cómo se conceptualizan los archiveros a sí mismos y a sus propias labores⁴. Asimismo realizan preguntas significativas sobre la naturaleza de la transformación en los archivos de Sudáfrica.

Formulaciones positivistas

Con “positivistas”, me refiero a las ideas que circulan desde las primeras expresiones coherentes del positivismo elaboradas por Auguste Comte en la primera mitad del s. XIX y desarrolladas por varias corrientes filosóficas occidentales hasta nuestros días. El positivismo propone un universo gobernado por las leyes naturales y una realidad que es conocible. Este conocimiento se puede alcanzar a través del ejercicio de la razón y de la aplicación de métodos empíricos. El que sabe, el sujeto, se distingue del mundo natural, el objeto. La ciencia y la búsqueda científica, tienen una autoridad intelectual preeminente y tienen la llave para el inevitable progreso humano hacia la paz, la prosperidad, la sabiduría y el dominio sobre la naturaleza.

Este es el crisol de ideas del que surgieron los archivos modernos –“la Archivística”– en el s. XIX. Hemos recorrido un largo camino desde entonces, pero, según mi impresión, muchos de los indicadores de ruta siguen teniendo la marca positivista impresa.

En primer lugar, deseo señalar varias negaciones. Primero, no estoy sugiriendo la existencia de una posición positivista coherente o de una escuela de pensamiento. Segundo, no estoy insinuando que haya un individuo que pueda alinearse con todas las formulaciones que señalo a continuación. Tercero, no niego el impacto que han tenido, en el discurso archivístico sudafricano, las manifestaciones de modernidad de la filosofía occidental. Y cuarto, no discuto el hecho de que se está produciendo una transformación del significado en los archivos de Sudáfrica. Lo que estoy sugiriendo es que el discurso archivístico en este país está dominado, desde hace años, por un paradigma positivista que está pidiendo a voces ser cuestionado.

Déjenme mostrarles un resumen de lo que considero el núcleo de las formulaciones positivistas:

1. El significado de la palabra “archivo” es simple, estable e incontestable. Los archivos son documentos, en cualquier soporte, identificados para su conservación; los archivos, por lo tanto, son esos lugares en los que los documentos se conservan o las instituciones que proporcionan tales espacios⁵. Aplico estos mismos atributos a una gran cantidad de palabras – archivo, archivero, documento, copia, original, único, etcétera.

2. Los archivos, en el sentido de documentación archivística, son el producto orgánico e inocente de un proceso ajeno a los archiveros y su reflejo, proporcionan una imagen, son prueba de estos procesos⁶. Más crudamente afirmado, la idea es que los archivos reflejan la realidad.
3. Ciertamente es que la transformación del discurso ha cambiado el concepto de los archiveros como custodios imparciales, que tienen un papel activo en la formación de la memoria social⁷, pero al mismo tiempo, este discurso:
 - sigue definiendo el trabajo archivístico en términos de custodia y conceptualiza los archivos en términos de cosas físicas y lugares de custodia;
 - propone una consideración (más limitada) del documento como portador de la memoria en lugar de atribuirle una participación (más extensa) en el proceso de la formación de la memoria; y
 - postula como desafío archivístico primordial la conservación del reflejo más amplio y rico de la sociedad.
4. Los archivos son las principales instituciones de la memoria de Sudáfrica, conservando (manteniendo, gestionando) la memoria colectiva de la nación⁸.
5. El proyecto de transformación de los archivos de Sudáfrica se ha interpretado de manera triunfalista⁹. Se ha puesto un particular énfasis en:
 - la aparición en la última década de múltiples instituciones archivísticas nuevas;
 - la formulación de políticas nacionales sobre patrimonio, los archivos y áreas relacionadas mediante amplios procesos participativos;
 - la aprobación de una Ley de los Archivos Nacionales de Sudáfrica como el primero de varios eslabones legislativos que darán forma al marco en el que se desarrollará un nuevo sistema archivístico nacional;
 - el considerable apoyo que han prestado los archivos públicos a la Comisión de la Verdad y de la Reconciliación, a la Comisión de Restitución de los Derechos de la Tierra, a la Unidad de Investigación y a otras entidades públicas;
 - al creciente número y tipos de usuarios de los archivos;
 - la expansión de los proyectos de historia oral, y
 - los nuevos mandatos de los Archivos Nacionales para llenar los vacíos de sus colecciones para llegar hasta los sectores menos privilegiados de la sociedad.

Crítica

Palabras

Ahora me gustaría analizar cada una de las formulaciones por separado, empezando por la palabra “archivo”, y ofrecer una crítica desde lo que podría llamarse una perspectiva posmoderna, (seguramente pospositivista). El filósofo francés Jacques Derrida considera la palabra “archivo” como la menos fiable y la menos clara de las hoy existentes¹⁰. Fue Freud quien con su desarrollo del inconsciente y la represión (ese instinto de olvido en el mismo corazón de la memorización) hizo posible la idea de un “archivo” sin “archivos”¹¹. Michel Foucault definió el “archivo” como el ensamblaje de todas las formas discursivas existentes en cualquier sociedad¹². Derrida, con su insistencia en el signo más que en la imagen, cuestiona cualquier noción simple de los archivos como la documentación del proceso, y mucho menos como reflejo de la realidad¹³. Con el discurso archivístico ampliamente definido, en el escenario internacional existe un creciente número de teorizadores en deuda con el posmodernismo que están reconceptualizando el término “archivo”. Gran parte de su trabajo implica encontrar significado a dicho término para el entorno electrónico. Es un tapiz complejo, pero permítanme sacarle algunos hilos para ilustrar lo que implica dicha tarea:

- “...La estructura, el contenido y el contexto de los documentos electrónicos existen de manera virtual o conceptual más que en una realidad física, propiamente dicha... hay información diseminada por muchos lugares que, en un momento determinado, el software y el sistema operativo se encargan de unir para formar un documento virtual o lógico.¹⁴”
- Con las nuevas tecnologías como los sistemas de información geográfica, bases de datos relacionales y los formatos del hipertexto, que a los usuarios se les presentan con una serie de constantes cambios en la visualización de los datos, es difícil “retener” o “fijar” un documento.
- ¿Qué es lo que constituye “el documento” en una base de datos? ¿Toda la base de datos? ¿La visualización de la base de datos en formato electrónico o en una copia impresa? ¿El rastro de una transacción entre el usuario y la base de datos?
- La gestión electrónica convierte las palabras “original” y “único” en carentes de significado, en cambio, utiliza otras como “archivo”, “copia” o “carpeta” con una complejidad extraordinaria.

Mi criterio, simplemente, es este: las palabras y los conceptos que son las herramientas básicas de los archiveros no son nada simples, estables y unánimes. La razón cambia.

Un reflejo de la realidad

Y esto está cambiando rápidamente bajo las nociones que consideran el documento archivístico como un reflejo de la realidad. Por supuesto, la suposición de que hay “una realidad” capaz de reflejarse en los documentos es discutible desde un sinnúmero de perspectivas. Este ataque frontal, al que voy a renunciar, ofrece en cambio tres maniobras evasivas. En primer lugar, incluso si hay una realidad en última instancia es inconocible. El hecho, el proceso, el origen, en su unicidad, es irrecuperable e insondable. Como Derrida ya apuntó: “La posibilidad de un rastro archivístico, esta simple posibilidad, no puede sino dividir su unicidad”¹⁵. Segundo, mientras es evidente que el documento es un producto del proceso, debe reconocerse que el proceso ha sido moldeado fundamentalmente por el documento o, más concretamente, por el hecho de registrarlo. Comparen, por ejemplo, a alguien escribiendo, a mano, una carta a un amigo y, al mismo tiempo, enviándole un e-mail. No sólo ambas experiencias son completamente diferentes –en términos de duración, susceptibilidad en la respuesta, utilización de materiales, utilización del cuerpo humano, etcétera– sino que cada medio estimula un diferente patrón del pensamiento, incita a los diferentes tonos o registros y promueve unos usos particulares del lenguaje. Esencialmente, un e-mail es una combinación de conversación y correspondencia; es ambas y ninguna a la vez. Y, tercero, si los documentos archivísticos reflejan la realidad lo hacen muy reservadamente y de una manera cambiante y complicada. Los archivos no hablan por sí mismos. Tienen muchas voces para expresarse, incluidas las de los archiveros. Lejos de tener una posición externa en relación con los documentos, los archiveros participan en el complejo proceso a través del cual el documento se alimenta en la memoria social. Permítanme ilustrar estos diferentes puntos de vista con el ejemplo de un investigador consultando una carpeta de correspondencia creada en una oficina gubernamental:

- están las voces de los autores de los documentos, formales e informales. ¿Quiénes son? ¿Qué tipo de contexto funcional y estructural los anima y les da forma? ¿Cuáles son sus propósitos, implícitos y explícitos? ¿Qué esconden? ¿Qué no alcanzan a ver?
- están las voces (generalmente silenciosas) de los burócratas que utilizaron y organizaron el documento. ¿Guardaron toda la información relevante en la carpeta? Puede que los documentos relacionados fueran colocados en otras carpetas. Puede que el material nunca fuera oficialmente archivado, sino almacenado extraoficialmente y, posteriormente, eliminado. Los documentos, incluso carpetas enteras, puede que hayan sido destruidos para proteger algunos intereses individuales o de dicha oficina. Por lo que el investigador, en la mayoría de las ocasiones, está contemplando sólo una parte del proceso de representación, deliberadamente construida. Y la representación, como Foucault ha demostrado en numerosos contextos, llevará la marca de los sistemas burocráticos que la han engendrado.

- están las voces de los archiveros. ¿Por qué han decidido conservar un expediente? ¿Qué documentos relacionados han decidido no conservar? ¿Qué políticas, estrategias y metodologías impusieron la decisión? ¿Cómo han organizado y descrito el expediente? ¿Qué conexiones descriptivas con otros documentos han facilitado? ¿Qué han hecho para que el archivo esté disponible? Y por encima de todo esto, ¿a qué tipo de narrativas, a qué sectores del estado, a qué procesos sociales, a qué categorías documentales y a qué grupo de usuarios están beneficiando los archiveros?

(Esta interrogación del documento es sobre el contexto – el contexto del texto que el investigador lee en el expediente. Cualquier lectura del texto sin acompañarlo del despojo de las capas de la intervención y la interpretación sería un rotundo fracaso. Y precisamente aquí está el centro de la tarea archivística – el descubrimiento del contexto. El principal desafío de la archivística no es la conservación del reflejo más amplio y más rico de la realidad –aunque admitiría que la consecución de una documentación más amplia y rica de la realidad es un desafío importante– sino la provisión de una contextualización más rica de lo que se va a conservar.)

- Pero, volviendo por última vez a la carpeta de correspondencia gubernamental, están las voces de los investigadores que utilizan el archivo. Cada uno aporta a la lectura su perspectiva única y cada uno añade su propia voz a muchos otros con los que el archivo se comunica. Por lo que puede que no haya una conclusión del archivo ni del documento. Con la voz de cada nuevo usuario, en realidad con la posibilidad de la voz de un nuevo usuario, el archivo se mantendrá abierto, así como se mantendrá el constante cambio del contexto archivístico. Con el tiempo la carpeta se unirá a otros documentos en custodia, su descripción se ampliará o se revisará y estará disponible en numerosos contextos y de diferentes maneras. Y, si el expediente fuera un documento electrónico, estaría renovándose constantemente (y remodelándose) como si fuera a ser migrado a futuras generaciones de tecnología. El archivo, como expone Derrida, “nos abre hacia el futuro.”¹⁶

Definiendo el papel de custodia y de custodia

Aquí también las opiniones están cambiando respecto a cómo las nociones de custodia y de custodia definen al archivo. La época electrónica está llevando a los archiveros a lo que se ha denominado la era pos-custodia¹⁷. Una de las indicaciones más tangibles de esto es la creciente práctica, por parte de los archivos nacionales, del requerimiento de documentos electrónicos para organizarlos en

otros espacios en lugar de los depósitos archivísticos¹⁸. Aunque hay otros muchos indicadores. La gestión de documentos electrónicos está obligando a los archiveros a involucrarse activamente en el proceso de creación de documentos. Allí se enfrentan a las complejas y fluidas estructuras y sistemas organizativos, la vastísima cantidad de información, los documentos no visibles para el ojo humano y a documentos más virtuales que físicos. Estas realidades están remodelando profundamente las funciones centrales de la Archivística. Tenemos que trasladar nuestro foco de los archivos al archivar, de lo físico a los procesos. El éxito de estas nuevas articulaciones mundiales depende en gran medida de nuestra voluntad, en palabras de Terry Cook: "... hemos de dejar de ser guardianes de las cosas para empezar a ser proveedores de los conceptos."¹⁹

Los archivos como memoria de la nación

La noción de que la custodia define al archivo asegura, por supuesto, la perspectiva de que los archivos sudafricanos conservan la memoria colectiva de la nación. Dejando a un lado la pregunta de si el término "memoria colectiva" significa algo, este punto de vista descarta el papel de las bibliotecas, museos, galerías de arte y otros depósitos de la memoria, así como las memorias de los individuos. También sugiere la simplicidad de los complejos procesos a través de los cuales los archivos registran y alimentan la memoria social. De esto ya he señalado algunos aspectos. En este punto, me gustaría centrarme brevemente en la extensión del rastro del archivar que nos ofrecen los archivos. No revisaré mi argumento sobre la irrecuperabilidad del hecho, pero si afirmaré que el documento sólo proporciona una mínima porción de todo el hecho. Incluso aunque conservásemos cada documento generado en Sudáfrica y le concediésemos la notable, comprensible y detallada documentación del proceso que nos ofrece el ordenador, seguiríamos teniendo sólo una mínima porción de la experiencia sudafricana. Pero en la práctica este registro universal se reduce sustancialmente por la destrucción deliberada y descuidada de los creadores y gestores, dejando la mínima parte de la mínima parte entre la cual los archiveros decidirán lo que conservarán. Y no conservan demasiado – por ejemplo, en la actualidad los Archivos Nacionales sólo conservan el 5% de todo los archivos públicos. Además, ningún documento, no importa lo bien protegido y cuidado que haya estado por parte de los archiveros, disfruta de un periodo de vida ilimitado. Las estrategias de conservación, en el mejor de los casos, pueden estar dirigidas a salvar versiones de la mayoría de los documentos²⁰. Por consiguiente, lo que lo archivos ofrecen a los investigadores es la mínima parte de la mínima parte de la mínima parte²¹. Si los depósitos de archivos son las principales instituciones de la memoria de Sudáfrica, entonces tenemos un serio problema de amnesia.

Déjenme insistir en que ni estoy promoviendo la desesperación, ni estoy describiendo la tarea archivística como un acto de inutilidad heroica al estilo

Sísifo. Una racionalista, o a lo peor, una positivista lectura de la “mínima parte de la mínima parte” nos llevaría a esta conclusión. Una lectura imaginativa enfatizaría el preciosismo del complejo fragmento con el que conservamos y alimentamos la memoria social. Además, este fragmento juega un papel fundamental en la documentación de los perdurables derechos legales, civiles, patrimoniales, y otros, de los ciudadanos. Y los archiveros con la responsabilidad de la gestión de los documentos promueven la eficiencia, la responsabilidad y la transparencia corporativas. La tarea archivística es de crucial importancia en cualquier sociedad, pero las nociones positivistas nos impiden desplegar toda la riqueza de los archivos y, en última instancia, socavan la tarea archivística.

Triunfalismo

Finalmente me dirijo hacia la interpretación triunfalista de nuestro proyecto de transformación archivística. Todas las indicaciones tangibles de cambio y desarrollo que he relatado anteriormente en este artículo constituyen unos pilares estables sobre los que construir. Ciertamente, yo iría más allá y diría que todo lo que se ha conseguido en tan breve espacio de tiempo es extraordinario. Sin embargo, la consideración de un apunte cautelar es adecuado. Hasta este punto, la mayor parte de mis críticas ha tratado de hacerlo indirectamente. Déjenme completar el apunte haciendo dos anotaciones finales directas:

1. Derrida ha expuesto convincentemente que el control sobre el registro de la memoria –lo que llama consignación– está en el corazón del poder político²². Sigue diciendo que si los archivos fueran realmente tan importantes para la memoria social, entonces las instituciones archivísticas serían poderosas, estarían bien dotadas y firmemente controladas por el Estado. Lo contrario, por supuesto, es cierto. Incluso en el sector público, los archivos disfrutaban de una autonomía profesional substancial. Y con muy pocas excepciones, los archivos de Sudáfrica, tanto en el sector público como en el privado, luchan por mantener el barco a flote a pesar de las secuelas provocadas por el recorte presupuestario y la reducción de personal. Lo mismo ha ocurrido con los museos, bibliotecas y galerías de arte. Asimismo, se puede debatir sobre la excesivamente alta dotación de fondos que los archivos han recibido en relación a su impacto en la sociedad en comparación con esas otras instituciones²³. Mi conclusión es simplemente esta: ninguna de estas instituciones es tan importante para la memoria social como a los profesionales les gusta creer.
2. La transformación del discurso destaca de manera particular la necesidad de los archivos de acercarse a la sociedad²⁴ –crear más que sólo servir a los usuarios– y documentar el proceso social más plenamente, con especial énfasis en las tareas de dar voz a los que no la tienen²⁵. Estos

son objetivos loables y generan muchas nuevas iniciativas en los archivos, pero déjenme mostrarles algunos asuntos que destacan por la necesidad de ser cautos:

- Por una parte, los archivos llegan sólo a una fracción del público que va a los museos, bibliotecas, galerías de arte y otros depósitos de memoria²⁶. Por otra parte, al presionar para conseguir más efectividad, los archivos, con demasiada frecuencia, optan por un producto informativo muy bien almacenando más que por la rica contextualización del texto. Y haciendo esto estamos contribuyendo a lo que Jean-François Lyotard ha denominado la comodificación del conocimiento²⁷. Además, la mayor parte de nuestro alcance proporciona muy poco o ningún espacio para las narrativas que compiten. Adoptamos el lenguaje metanarrativo con demasiada facilidad, utilizando nuestras exposiciones, pósters o folletos, etcétera, para contar la historia de, por ejemplo, la lucha contra el apartheid, la construcción de una nación o de la transformación. Las contra-narrativas, incluso las sub-narrativas, frecuentemente se excluyen y entonces le negamos a nuestro público el espacio en el que prospera la democracia.
- Sudáfrica tiene una vasta y rica historia y tradición oral y amplios recursos en estos campos²⁸. Sin embargo, en el trabajo que se ha realizado y en la planificación de futuros proyectos, existe una preocupante tendencia a subestimar, o simplemente a no comprender, la problemática de convertir lo oral en material de custodia. Hay dos aspectos referentes a esto: el primero es una determinación de ver y utilizar los registros de historia oral como un “recurso” más que como “historia”²⁹. Esto no hace más que favorecer a ciertas formas de historia frente a otras, particularmente a la historia académica. El segundo es el fracaso al entender el desarrollo en el que la historia oral, según Isabel Hofmeyr: “vive su fluidez”³⁰. Como Lyotard ha mostrado, “una colectividad que se preocupa por la narrativa como clave para formar la capacidad... encuentra el material para sus lazos sociales no sólo en el significado de la narrativa que cuenta, sino también en el hecho de volver a citarlos”³¹.

El hecho de volver a citarlos es lo que porta el significado. Este contexto fluido del “texto” está inextricablemente unido, entre otras cosas, a la situación social, al espacio, al paisaje, a las marcas físicas y a los artículos de cultura material³², y mantiene (y valida) un recuento, una revisión y una reinterpretación de la colectividad y su narrativa.

El registro de la narrativa, el archivo de la oralidad, puede fácilmente destruir la fluidez, los vínculos contextuales, alinear al orador desde la palabra. El intento de darle voz a lo que no la tiene, irónicamente, se convierte en un refuerzo de la mudez.

Conclusión

Como ya he señalado, los archiveros sudafricanos se encuentran en un proceso de cambio. Mientras estamos llegando a entendernos con la sociedad pos-apartheid, hemos tenido menos éxito en entendernos con la revolución tecnológica y las condiciones de la posmodernidad. Nos aferramos a las obsoletas ideas del positivismo que consolidan estrategias inadecuadas, nociones distorsionadas de nuestro papel y resultados exagerados de nuestros logros. Haciendo esto incitamos el tipo de crítica realizada por Richard Tarnas sobre la cultura occidental contemporánea: “En ausencia de cualquier visión cultural viable, las viejas suposiciones permanecen garrafalmente vigentes proporcionando un creciente anteproyecto impracticable y peligroso para el pensamiento y la actividad humanos”³³. En cambio, necesitamos redescubrirnos a nosotros mismos como contextualizadores en una época en la que el contexto es más fluido que antes. Necesitamos ampliar nuestro concepto de contexto para acomodar nuestra propia intervención, la interdependencia de muchos campos e instituciones dándole forma a la memoria social, y la importancia de la explicación que está ausente en la tarea archivística. Tenemos que aferrarnos más al proceso que el producto. Y tenemos que acoger la contestación de la memoria social, viéndonos, conduciéndonos, no como árbitros, sino como jugadores. Algunos podrían ver esto como la forma más segura de perjudicarnos por completo – de subvertir nuestra capacidad de proporcionar servicios a través de una excesiva filosofización, contextualización, autorreflexión, autodescubrimiento, autodestrucción y un compromiso en procesos no estrictamente “archivísticos”. Yo lo veo como una manera de darle paso a la imaginación, a la conexión, al alma. Y lo veo como un paso hacia adelante en la más profunda y más rica transformación de los archivos de Sudáfrica.

Notas

¹ El término “posmodernidad” significa cosas diferentes según quién lo defina. En este artículo lo uso en el sentido empleado por Jean-François Lyotard en su *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge* (Minneapolis 1984). Utiliza la palabra “posmoderno” para describir “...la condición del conocimiento en la mayoría de las sociedades desarrolladas... designa el estado de nuestra cultura siguiendo las transformaciones que, desde finales del s. XIX, han alterado las reglas del juego de la ciencia, la literatura y las artes” (p.xxiii). Richard Tarnas la emplea de manera similar, dándole una sensibilidad intelectual “desprovista cada vez más de certezas establecidas, fundamentalmente expuesto de una manera que nunca antes lo había sido. *The Passion of Western Mind: Understanding the Ideas that Have Shaped our World View* (Nueva York 1991), p. 394.

² Para una visión más extensa y contextualizada de este trabajo, véase mi “Redifining Archives in South Africa: Public Archives and Society in Transition, 1990-1996” *Archivaria* 42 (fall 1996).

³ El grado en el que este informó al *National Archives of South Africa Act* (1196) se explora en mi “Transforming Discourse and Legislation: A Perspective of South Africa’s New National Archive Act”, *ACARM Newsletter* 18 (1996).



⁴ Estas ideas positivistas también, por supuesto, moldean lo que los archiveros entienden por “pasado”, lo que los archiveros entienden por “revelar el pasado”, y cómo operan los archiveros a la hora de “revelar el pasado”.

⁵ Este sentido de la palabra “archivos” es dominante en el discurso archivístico sudafricano. Un buen ejemplo aparece en *The South African Society of Archivists' Professional Code for South Africa Archivists* (Pretoria 1993), sección 1.

⁶ Se podrían citar numerosos ejemplos de este tipo de formulación. Uno aparece en *Annual Report of Director of Archives de 1995: Annual Reports of the Directorate State Archives and Heraldic Services*, RP41/1996, p. 1. Otro aparece en el “Report on Archives in South Africa de Luli Callinicos y André Odendaal, Convenors of the Archives Sub-committee of the Arts and Culture Task Group (ACTAG)” *South African Archives Journal* 39 (1996), p. 35. (par. 3.1).

⁷ Véase Harris, “*Redefining Archives in South Africa*,” p. 16.

⁸ El *Annual Report of Director of Archives de 1995*, por ejemplo, afirma que “el Servicio Estatal de Archivos es responsable de conservar el patrimonio archivístico nacional... en el sentido de que este patrimonio es la memoria colectiva del gobierno y del pueblo.” (p. 1).

⁹ Aunque es cierto que esta anotación sonaría más alto desde una plataforma política, también se percibe en los informes anuales institucionales, en los materiales de publicidad, en las conferencias y en la literatura profesional.

¹⁰ Jacques Derrida, *Archive Fever: A Freudian Impression* (Chicago y Londres 1996), p. 90.

¹¹ *Ibid.*, pp. 66, 91 y 92.

¹² Michael Foucault, *The Archaeology of Knowledge and the Discourse on Language* (Nueva York 1992), pp. 128-130.

¹³ Barbara Belyea, “Images of Power: Derrida/Foucault/Harley,” *Cartographica* 29, no.2 (1992), pp. 4, 5 y 7.

¹⁴ Terry Cook, “Keeping Our Electronic Memory: Approaches for Securing Computer-generated Records” *South African Archives Journal* 37 (1995), p. 89.

¹⁵ Derrida, *Archive Fever*, p. 100.

¹⁶ *Ibid.*, p. 68.

¹⁷ Para una articulación más poderosa de este argumento, véase Terry Cook, “Electronic Records, Paper Minds: the Revolution in Information Management and Archives in the Post-custodial and Post-modernist Era,” *Archives and Manuscripts* 22, no. 2 (1994). Véase concretamente la p. 307 de este artículo.

¹⁸ Los Archivos Nacionales de Sudáfrica utilizan una oficina informática estatal (*Bureau Nucleus*) para la gestión de sus archivos electrónicos. También tiene una política de identificación de categorías de documentos electrónicos conservados por el órgano creador. Véase también Terry Cook, “Leaving Archival Electronics records in Institutions: Policy and Monitoring Arrangements at the National Archives of Canada,” *Archives and Museums Informatics* 9, no. 2 (1995).

¹⁹ Cook, “Electronics Records, Paper Minds,” p. 304.

²⁰ Véase la sección sobre conservación en *Archival Methods, Archives and Museum Informatics Technical Report* 9 de David Bearman (Pittsburg 1989).

²¹ Y la mínima parte, de la mínima parte, de la mínima parte sólo se describe parcialmente.

²² Derrida, *Archive Fever*, pp. 4 y 5.

²³ Por supuesto el papel desempeñado por los archivos, en concreto los públicos, a la hora de documentar derechos y apoyar la gestión de documentos, ha de construirse desde la igualdad.

²⁴ Ver Harris, “*Redefining Archives in South Africa*,” p. 18.

²⁵ *Ibid.*, pp. 17-18.

²⁶ Una comparación de las estadísticas de visitantes de cuatro instituciones de Pietermaritzburg ilustra el argumento. En 1996 el Pietermaritzburg Archives Repository recibió 2.096 visitantes, el Tatham Art Gallery unos 40.000 y el Natal Museum recibió 48.633 y la Natal Society Library tuvo una media de 2.000 visitantes al día. Por supuesto, estas cifras han de ser contrastadas. Una visita de dos horas a la biblioteca para leer periódicos nacionales tiene una relevancia muy diferente a las que puede tener la de un historiador durante todo el día a los archivos en busca de un libro que impactará en miles de alumnos. Midiendo por el mismo rasero, la visita de una familia de tres miembros una mañana al museo o a una galería de arte tiene una relevancia muy diferente a la de tres investigadores de la Comisión de Tierras investigando una reclamación que podría afectar a toda una comunidad. Sin embargo, las estadísticas nos cuentan otra historia.

²⁷ Lyotard, *The Postmodern Condition*, pp. 5, 45 y 51.

²⁸ Véase Andor Skotnes, “People’s Archives and Oral History in South Africa: A Traveler’s Account,” *South African Archives Journal* 37 (1995).

²⁹ Carolyn Hamilton explora este aspecto en su “ ‘Living by Fluidity’: Oral Histories, Material Custodies and the Politics of Preservation,” informe presentado en la conferencia *Words and Voices: Critical Practices of Orality in Africa and African Studies*, Bellagio, Italia, febrero de 1997.

³⁰ Citado por Hamilton, “ ‘Living by Fluidity’ ,” p. 17.

³¹ Lyotard, *The Postmodern Condition*, p. 22.

³² Ver Hamilton, “ ‘Living by Fluidity’ ,” p. 27.

³³ Richard Tarnas, *The Passion of the Western Mind*, p. 409